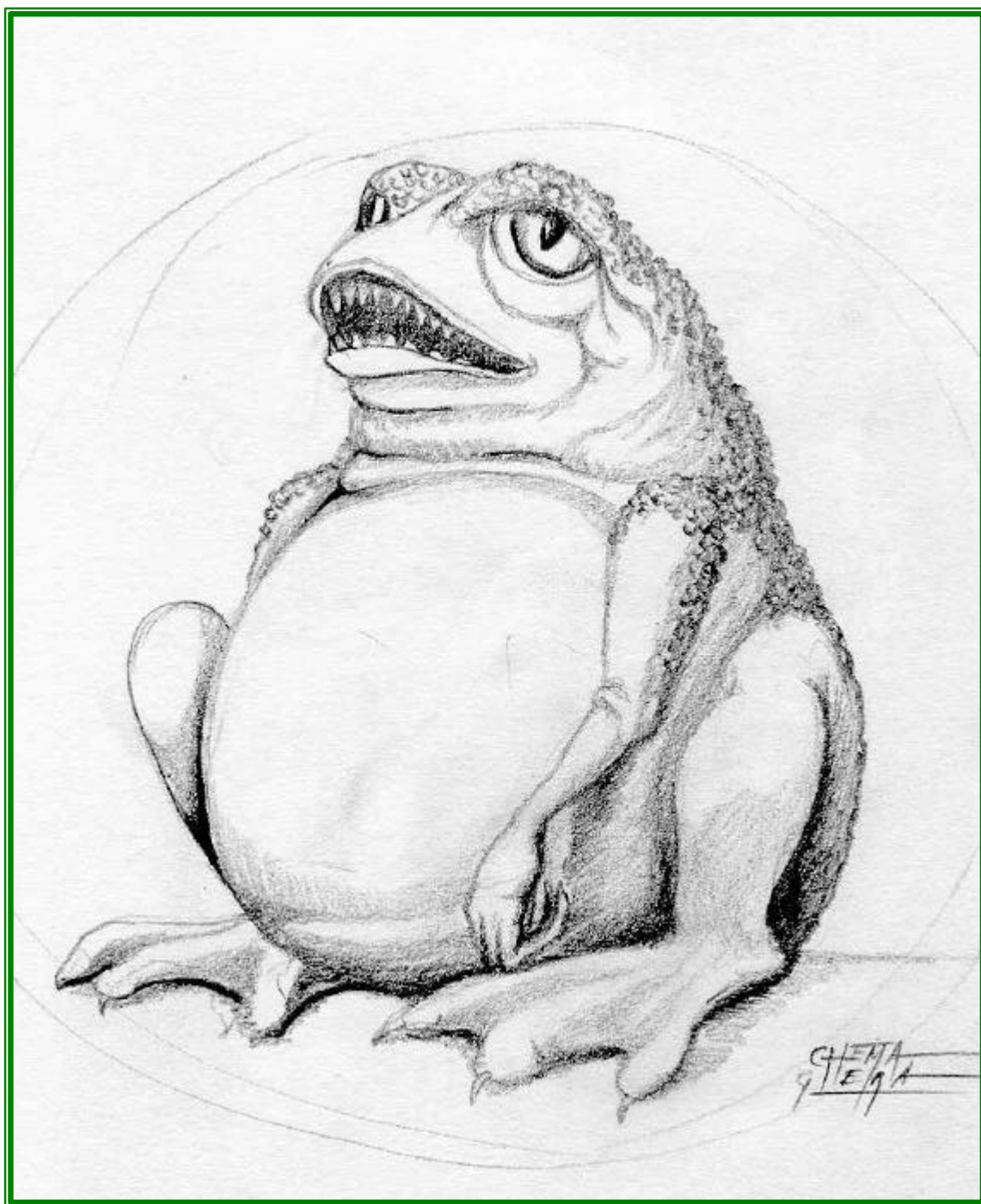




NÚMERO XI NOVIEMBRE-DICIEMBRE MMII
ESPECIAL SAMHAIN



E.L.F.O.S.

Escritos de Leyenda, Fantasía y Obras Similares

Número XI
Noviembre-Diciembre MMII

Ilustración de cubierta
© **Chema G. Lera**

www.elfos.org
elfos@aragonesasi.com

El copyright © de los textos y las ilustraciones pertenece a sus autores
De esta edición © Chema G. Lera



INDICE

3 La Memoria de los Muertos. *Editorial*. **Chema G. Lera**

5 Ana, mi Ana. *Leyenda de Portugal*. **Anabela Ferreira**

8 A través de la puerta de los oscuros sueños antiguos. *Relato*.
José de Uña Zugasti

11 El inquilino. *Relato*. **Sergio Borao Llop**

20 El sueño. *Relato*. **Ricardo Rodríguez Gilberte**

23 ¿Es un ángel o es un demonio? *Poema*. **Lili Dunkel**

25 Miedo. *Poema*. **Evelyn Hernandis**

26 Rol y terror. *Artículo*. **Shauki Gabriel Expósito**

27 Ana, minha Ana. Lenda. (V.O.) **Anabela Ferreira**



LA MEMORIA DE LOS MUERTOS

Faltaban unos minutos para la media noche. Dejé la cuartilla sobre la mesa del escritorio. Al lado, una pluma, un tintero colmado y papel secante. En otro pliego más pequeño, con la sangre recién recogida, escribí:

"Sean vuestras mercedes, habitantes del Averno, por la presente invitados a plasmar en aqueste papiro cuantas demandas deseen, dentre aquellas que en vida no pudieron satisfacer".

Lo coloqué sobre el papel primero. Y me retiré a la alcoba. La venda con la que trataba de detener la hemorragia apretaba mucho. Tardé en conciliar algo parecido al sueño. Pasé la Noche de Animas asaltado por tremendas pesadillas. Sólo la morfina me regaló el descanso de apenas un par de horas, esas horas de hielo que se agazapan antes del alba.

Desperté, aunque no sé bien si en éste o en otro mundo. El papel seguía sobre el escritorio. Apenas quedaba tinta en el frasco. La pluma yacía sobre el borrón de líquido negro, como una almohada de sueños oscuros. La cuartilla, antes blanca, rebosaba palabras. Se leían idiomas diversos. Algunos alfabetos eran conocidos, otros antiguos y aún otros, tesoros de caracteres desaparecidos junto con olvidadas civilizaciones. La memoria de los muertos pugna por sobrevivir.

En un ángulo del folio, al pie, esquina izquierda, junto al final de una frase en hebreo, garabateé:

*"Aquí yacen las palabras
que en vida no se escribieron"*

Y me retiré a descansar.

Chema G. Lera
Quinzano, noviembre 2002

Ana, mi Ana

Anabela Ferreira

Nunca conté esto a nadie. No era por miedo, era por amor. No quería que Ana supiese que tenía algún secreto... Ahora que ella se ha ido, después de tantos años, puedo hablaros del miedo.

Cuando me casé con Ana y la traje al molino, para vivir juntos del trabajo diario, no faltó quien la avisara. Las comadres le llamaban la atención acerca de este lugar yermo, apartado del resto de la población. Era un buen lugar para los malditos, ya fueran lobisomens o bruxas (hombres lobo o brujas). Me quedé satisfecho cuando oí a mi Ana responderles que ella no tenía miedo ni de los unos ni de las otras, que lo que más miedo le daba era la cobardía de los hombres y la lengua afilada de las mujeres. A partir de ese día se ganó algunas enemistades, pero yo la amé todavía más.

La vida del molino no era fácil. Pero la muchacha estaba habituada a la dureza del campo y el trabajo no la amedrentaba. Así, paralelamente al amor que sentíamos el uno por el otro, creció entre nosotros un compañerismo, una complicidad que era la envidia de mucha gente.

Todo iba bien. El molino prosperaba. De aquí se obtenía la mejor harina de la región. Nació nuestro primer hijo. Yo era un hombre feliz.

Hacía algún tiempo que se rumoreaba en la aldea que escondido en el bosque habitaba un lobisomem, que en las noches de luna llena descendía al pueblo para matar ovejas y otros animales. Manel da Eira juró que lo vio una noche en que venía muy tarde de la taberna. Así lo refería:

-Fue al pasar junto al cementerio. Vi una sombra saltar sobre mí. Sólo tuve tiempo de implorar a voces a Dios y a la Virgen. El cabrón entonces me agarró por los hombros, pero no sé lo que pasó que luego se echó a correr. Tengo para mí que fue la cruz lo que me salvó. Y de mi cuello no va a desaparecer nunca más.

Esto era lo que contaba entre una copa y otra, agarrando una cruz de plata, negra de tan antigua, colgada de un cordón que llevaba al cuello. Pero pocos le creían. El Manel era demasiado amigo del vino como para que las historias que contaba tuvieran valor como verdades. Y contaba demasiadas historias.

De lo que nadie dudaba era de que había un lobisomem. Nadie sabía quién era. Durante algún tiempo se pensó que podría ser el padre Sebastião, tan magro y seco como era aquél hombre, todo lo contrario que sus iguales que llenaban la panza hasta con la mesa de los pobres. Pero luego se descartó la idea. El padre era demasiado piadoso para ser un alma condenada.

Alguien sugirió dar caza al maldito, pero en la aldea no existía nadie tan valiente como para ser capaz de enfrentarse a un lobisomem.

Yo nunca había creído mucho en las historias de los lobisomens y las bruxas. Había caminado por muchos caminos, entre pinares y cementerios, muy tarde por la noche, con luna y sin luna, y nunca se me había aparecido nada del otro mundo. Pero si el pueblo lo creía, no iba a ser yo quien llevara la contraria. Escuchaba las historias en silencio, sin intervenir.

Siempre tuve el sueño pesado. Cuando se está para dormir, se debe dormir. Por eso sé que aquella noche sucedía algo extraño cuando me desperté sobresaltado. No había sonado ningún ruido ni se había producido ningún movimiento. Pero había algo extraño.

Me giré para el otro lado. ¡Ana no estaba acostada!

-¿Tan tarde? -pensé-. Habrá ido afuera a aliviar la vejiga.

Pero algo no cuadraba. Tenía el presentimiento de que iba a suceder una desgracia. Lo más raro es que nunca fui dado a esas cosas.

Salí de la cama y fui hasta el umbral, en la puerta de la calle. Era noche avanzada. El cielo estaba punteado por las estrellas, y por encima de los pinos se veía la luna, blanca, blanca.

Siempre me ha gustado contemplar la luna. Acostumbraba a bromear diciendo que éramos colegas de profesión, ambos blancos, cubiertos de polvo de harina.

Mas aquella noche la luna no me confortaba. No conseguía dejar de pensar que había algo equivocado.

Oí un ruido en torno al gallinero.

Tal vez una raposa.

Desde que Fandango murió nunca más había tenido un perro. Bien que hacía falta para guardar la casa y el gallinero, pero a Ana no le gustaban los perros, nunca supe el porqué.

Cogí el extremo de la azada que estaba apoyado en la pared de la casa.

Me aproximé lentamente.

Tenía que cazar al animal. Estaba convencido de que era la raposa que hacía algún tiempo había matado dos gallinas, de las más gordas. Esta vez no se escapaba. Le iba a cortar la cabeza.

Rodeé la casa.

En pie sobre las patas traseras, el bicho agarraba entre las manos una gallina. Rasgaba la carne con los dientes.

Era casi negro, con los dientes amarillentos y las manos... nunca vi nada igual en animal alguno... eran manos humanas, pero también eran garras, con uñas afiladas como filos de navaja, no tengo otra forma de explicar lo que ví.

Era un lobo, pero era una persona; ¡era un lobisomem!

Exhalaba un fuerte olor a carne podrida. Como si el animal hubiera estado revolcándose encima de un cadáver. Sentí una náusea subirme hasta la garganta.

Percibiendo mi presencia, el bicho levantó el hocico y olfateó el aire. Lentamente, muy lentamente, giró la cabeza en mi dirección. Le ví los ojos, eran amarillos. Después todo sucedió tan deprisa que sólo recuerdo fragmentos.

La bestia lanzó un aullido que me penetró hasta el alma y pareció reventar algo dentro de mí.

Sólo conseguí sentir miedo.

Tanto miedo.

Quería huir, pero estaba apresado al suelo, las piernas no andaban.

De un salto se lanzó sobre mí. Caí de espaldas al suelo.

Abrió su boca sobre mi rostro. ¡Qué olor tan horrible, indescriptible!

Si al menos me desmayara. Si pudiese dejar de sentir.

Sus patas sobre mi pecho. ¡Pesadas!

La boca se cerraba sobre mi garganta. Sentí los dientes rozarme la carne.

Del fondo de mi alma salió un grito. Aún hoy me parece que no fui yo quien grité, pero debió de ser así.

Pensé en Ana. "Que ella no aparezca ahora, por Dios, que no aparezca".

Del pecho me salió un lamento en voz alta:

-Ana, mi Ana...

La bestia paró.

Se irguió y me olió. De su boca pendía agarrado entre los dientes un trozo de la camisa de mi pijama. Soltó un rugido y desapareció corriendo, en dirección al bosque.

No sé cómo conseguí arrastrarme hasta casa.

Cuando desperté, más tarde, el gallo cantaba y el sol comenzaba a nacer. Me sentía dolorido.

¿Habría estado soñando? No, no era un sueño. Más tarde ví en el espejo las marcas de los dientes de la bestia cuando me arañaron el cuello. En ese momento sólo tenía la certeza de que estaba vivo gracias a un milagro.

A mi lado, mi Ana dormía, tranquila. Sentí un nudo en la garganta, pensar que podía estar muerto y ya nunca la hubiera podido ver. Me levanté y rodeé la cama para contemplar el rostro amado. Mostraba tanta paz, era tan bello. Me agaché para besarla.

De su boca entreabierta pendía entre los dientes un pedazo de paño. Era un trozo de la camisa de mi pijama.



Esta es una adaptación libre de una leyenda que se cuenta en mi tierra. Lo curioso es que aquí el lobisomem es una mujer, cuando generalmente se trata siempre de un hombre.

La tradición dice que el lobisomem nacía de una familia en la que los hijos eran sólo hombres. El séptimo sería un lobisomem, y esa maldición no se producía sólo si el hermano mayor era su padrino. Lo mismo sucedía con la bruxa, que sería la séptima de una familia de chicas. Otro dato interesante es que, al menos en Portugal, el lobisomem no siempre se transforma en lobo para cumplir la maldición, había algunos que se transformaban en un cerdo o en un burro. Lo cierto es que, independientemente de la forma que tomaran, cada noche de Luna Llena, el encantado tenía que recorrer siete villas que tuvieran castillo antes del amanecer.

Anabela Ferreira

**Versión original en portugués en la página 27*

A través de la Puerta de los Oscuros Sueños Antiguos

José de Uña Zuagasti

Todo me ocurrió –si ocurrió alguna vez- aquella tarde al descubrir tras unas piedras móviles, entrelazadas por una espesa vegetación aérea y trepadora, la estrecha entrada por la que me deslicé, no sin esfuerzos, al interior de una derruida caverna, sumida en un desolado silencio. La oscuridad parecía inmensamente grande, abovedada, profunda y oscura; las paredes, cubiertas ahora de malsana maleza, parecían obedecer a un trazado preciso y nada caprichoso, dándome la impresión de ser obra de alguna inteligencia remota. Al verla tan enorme, tan vacía y tan destruida; tan antigua, en suma, me estremecí ante las innumerables presencias invisibles de edades olvidadas.

La primera impresión de vida que recibí en aquella lóbrega ruina, surgió al tropezar con la caja redonda, que al rodar bajo aquellas bóvedas ennegrecidas, arrancaba ecos interiores que se debilitaban, multiplicándose al rebotar contra las paredes. Entonces me di cuenta de que se trataba de un objeto metálico de tamaño más bien mediano, a juzgar por la sensación recibida en el pie al hacerlo rodar tan involuntaria como inesperadamente.

Tanteé en la oscuridad hasta dar con aquel objeto; y, al cogerlo, pude confirmar mi sospecha de que era metálico; también me di cuenta por primera vez de que era redondo y que algo suelto se movía en su interior si lo agitaba. Así que comprendí enseguida que se trataba de una caja metálica, de forma circular que guardaba algo en su interior. Después de examinarla detenidamente, la limpié de cuantos hierbajos y pellas de barro tenía adheridos en su superficie, que se mostró, por fin, lisa y brillante. Mi idea inmediata fue abrirla, al descubrir la hendidura que la recorría toda alrededor; pero, pese a mis esfuerzos, no lograba conseguirlo. Posiblemente estuviera tan corroída que sus partes se habrían fusionado lentamente con el paso de los siglos. Me acordé entonces de la navaja de hoja corta y resistente que llevaba en el bolsillo; y, empleándola como palanca, logré aflojar la tapa y levantarla, por fin.

Del interior brotó un hedor de ácido corrompido, cuya fetidez penetró incontenible hasta mi cerebro. Aunque cerré enérgicamente la caja, comprendí enseguida que el olor no era en absoluto repulsivo, antes al contrario, tenía esa agradable y vaga fetidez de tiempos pretéritos que han sabido permanecer encerrados y que pugnan, apenas puestos en libertad, por recuperar sus pasadas cualidades. Así que volví a destapar la caja cuyo característico olor o había desaparecido o me había habituado a él. Y, al hacerlo, noté que las sombras se hicieron más densas a mi alrededor.

En el silencio desolado de aquella gruta grande y vacía, mi imaginación comenzó a presenciar las más estimulantes fantasías olvidadas, las ilusiones más ancestrales, los temores y sobresaltos más inquietamente pueriles, en tanto que del fondo oscuro de la caja redonda se desenroscaban pequeños rectángulos de luces desvaídas que se escapaban sigilosamente y como sombras furtivas de una procesión espectral, se iban encendiendo rápidamente –cronometré que a una velocidad de

veinticuatro por segundo- para disolverse en el trozo de pared en el que se reflejaban, el cual, se iluminó rápidamente llenándose de aquellas luces huidizas.

Traté, en vano, de no prestarle atención a las imágenes que se sucedían fugazmente. Pero al ver que allí, sobre la pared de la gruta, los pequeños rectángulos escapados de la caja redonda, cobraban vida, formaban figuras prehistóricas, se movían, sentí el más absoluto horror y, perdiendo la noción del tiempo, no pude hacer otra cosa que mirarlas absorto, atónito, embrujado sin duda por la perfecta simulación de la vida a la que asistía. Tan es así que me resulta difícil explicar la serie de fantásticos sueños, de extrañas paradojas, de profundas contradicciones que vi en medio de aquel caos de luz. Mis recuerdos apenas me presentan confusas imágenes imposibles de catalogar en nuestro orden: siluetas difuminadas que me sugirieron otras eras primordiales, ya sepultadas bajo millones de años; formas de vida similares a las que se configurar en los más delirantes sueños, teniendo la sensación de estar en muchos sitios a la vez, de vivir vidas distintas a la vez, de soñar, a la vez, miles de esos sueños que hacen enloquecer.

Aquella dantesca visión de sombras infernales, tenía ese aire de divinización sublime que sólo el sueño confiere a la realidad. El paso del tiempo se me revelaba por el cansancio que iba agotando mi cuerpo. Y, a medida que esto sucedía, aquellas visiones eran captadas con más claridad por mi alma, a la que llegué a sentir con miles de años de sabiduría y conocimiento sobre ella.

La visión progresaba como una vorágine incontenible, sumiéndome en el terror más absoluto o transportándome a un deleite nuevo y extraño para mis sentidos. Aunque todo provenía de aquellas imágenes, todo nacía en mí mismo, de tal suerte que al serme imposible dejar de mirarlas, era también imposible sustraerme a aquel caos, que, pese a ser multitudinario, no había perdido el sentido de su propia unidad.

En un momento, comencé a tener la sensación de visiones y sueños que yo mismo había tenido en otras edades y otras galaxias, junto con las cotidianas visiones y sueños de siempre, esos que nunca pudieron ser realizados, ni soñados por nadie. Algunos de ellos eran fascinantes, inexplicables en nuestro sistema lógico. Formas que jamás fueron, historias que nunca pudieron suceder, vacíos fantasmas mentales que no podían concretarse en ectoplasma alguno y que, ni siquiera, podían vagar errantes por el cosmos.

Sabía que estaba al borde del pánico infinito; pánico que no podía sospechar aquella espantosa tarde en que me aventuré en cierta cueva inmensa, vacía y ruinosa, de la que ni siquiera sabía si podría salir en el futuro. Ninguna de las experiencias vitales comúnmente conocidas, ni aún aquellas exóticas admitidas como más avanzadas, pueden compararse a tener clara conciencia de una multiplicidad, indefinida e infinita, en el espacio y en el tiempo. Y todo, sin perder la identidad individual, la mismidad, pero experimentando que algo en mi yo se ensanchaba hasta más allá de los límites no conocidos por el hombre y entraba en contacto con otra realidad, que era una legión compacta de realidades.

Podría enloquecer tratando de explicar la experiencia vivida múltiplemente, y por la que pasé a través de las puertas de los oscuros sueños antiguos. Si me atreviera a destapar de nuevo la caja redonda, podría dar testimonio de cuanto digo, pero no me atrevo ante el supremo temor de ver mi existencia diluida en aquellas existencias de sombras. Prefiero que me crean loco o alucinado; me es igual.

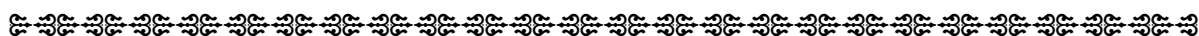
Desde aquella tarde, estudio febrilmente los antiguos códigos salvados en busca del nombre de este fenómeno, no sé si óptico o anímico o cósmico, que los seres de otras épocas supieron conseguir. Por el momento, he logrado saber que el lugar de la visión no era caverna o gruta alguna, como sospeché, sino los restos de una antigua

nave de las que se empleaban para algo así como “fábrica de sueños artificiales manufacturados”.

No desespero en encontrar pruebas fehacientes, aunque el empeño me lleve toda la vida y sea causa de mi locura.

*En el improbable tiempo de una perdida ciudad:
Pongamos Torres en octubre del 2002*

© José de Uña Zugasti



El Inquilino

Sergio Borao Llop

1

A estas alturas, ya nadie recuerda cuando llegó.

De hecho, ni siquiera se le vio llegar. No hubo ningún movimiento desacostumbrado en el vecindario. No se oyó ruido de mudanza. Nadie fue capaz de percibir el menor signo que delatase el traslado. Una noche, según se dijo entonces, se presentó en casa del administrador con unos papeles que demostraban su identidad como inquilino del ático.

Eso fue todo.

Desde entonces vive ahí arriba, encerrado.

Por el día no sale. Nadie le ha visto afuera, en la calle. Tampoco hace ruido, lo que es de agradecer en una comunidad tranquila como la nuestra.

El día primero de cada mes, al anochecer, baja silenciosamente al entresuelo, donde vive el administrador, y abona los gastos correspondientes. Si se cruza con alguien en la escalera, saluda con aparente amabilidad, pero sin efusión alguna. No entabla conversaciones. No mira de frente.

Los que le han visto, aseguran que parece desaseado y hosco. Desde su llegada, se ha especulado mucho sobre él. Su identidad, su ocupación, el encierro voluntario a que se somete, son cosas que nos preocupan y de las que a menudo hemos hablado en

voz baja. La falta de una mujer en la casa, la incomunicación, nos hacen sospechar que se trata de un joven amargado por algún desventurado lance amoroso.

Sin embargo, hay cuestiones que no somos capaces de explicarnos y que nos tienen desconcertados: ¿Quién limpia la casa? ¿Quién se ocupa de hacer la compra? ¿Quién cocina para él? ¿Acaso es uno de esos jóvenes modernos, autosuficientes, que son capaces de cuidar de sí mismos? Pero en ese caso, ¿por qué nadie le ha visto en el supermercado, o en la frutería? ¿Cómo es que no se ha cruzado con algún vecino en el trayecto hacia la tienda de periódicos? ¿Quizá no desea ser visto y sale con sigilo evitando las miradas indiscretas? ¿Tal vez recibe visitas que se nos escapan?

Según la versión de algunas vecinas, es joven y, en cierto modo, algo atractivo. Sin embargo, no hay constancia de que haya sido visitado por ninguna muchacha en todo este tiempo. Tampoco recibe correspondencia, a juzgar por los comentarios que se escuchan en el patio.

Lo cierto es que, a pesar de que no molesta en absoluto, su presencia resulta un tanto inquietante. No se ha integrado en la comunidad y eso no deja de resultar, cuando menos, algo irritante. Nada sabemos de su vida ni parece que esto haya de cambiar en el futuro. Con el tiempo, no obstante, hemos ido acostumbrándonos a su presencia, que ahora apenas percibimos.

2

María termina su vaso de licor, limpia sus labios con una servilleta de papel y coge la cazadora. Alegando una naciente jaqueca, se despide de algunas amigas y sale del oscuro pub.

Afuera se ha levantado una suave brisa fresca, por lo que la joven se apresura a abrigarse. La breve minifalda, sin embargo, contribuye a aumentar la sensación de frío.

Camina mecánicamente, siguiendo la ruta que tantas noches la ha conducido desde el local hasta su casa, hasta el blanco descanso de las sábanas. Primero la avenida iluminada; luego el corto trayecto junto al parque, el callejón de los gatos, que desemboca en la plaza y la entrada a la urbanización. Pura rutina. Podría hacer el camino con los ojos cerrados.

Pero hoy hay un cambio. Al entrar en el callejón le ha parecido oír ruido de pasos. Se detiene y se vuelve. Otea la oscuridad: Nadie.

Reanuda su apresurada marcha. De nuevo el rumor de pasos a su espalda. Se gira bruscamente. A pocos metros, un hombre se acerca. A pesar de la escasa iluminación, lo reconoce: Es un tipo grande, un poco calvo, cliente habitual del pub. Pertenecer a un grupo de motoristas cuyo nombre no logra recordar en ese momento de intranquilidad. Lo que no se le ha olvidado es que esa misma noche, apenas un par de horas antes, se había negado a bailar con él. Ese pensamiento logra asustarla. Sabe que tienen fama de vengativos, crueles y rudos.

El tipo la había seguido, eso estaba claro. Sus intenciones no podían ser buenas. La chica se da la vuelta y echa a andar en dirección a la plaza, pero no puede llegar a la esquina iluminada. El tosco individuo, al verse descubierto, corre hasta alcanzarla. No pronuncia palabra alguna. Sólo la toma por los hombros, la hace girarse y estampa su boca contra la de ella evitando así el grito apenas insinuado. Sus manos, mientras, recorren el cuerpo de la muchacha que, desesperada, trata de zafarse del indeseado abrazo. Él la arrincona contra la pared, abre la cremallera de la cazadora, rasga la blusa y pellizca sus pechos. Ella, impotente ante los poderosos brazos que la sujetan

firmeramente contra el muro, llora sin control sabiendo lo que va a ocurrir, sabiendo que ocurre muchas veces cada noche y que nadie va a evitarlo. Siente la mano que hurga entre sus piernas y arranca sin contemplación alguna la última defensa. Nota el basto dedo que trata de introducirse en su interior, los dientes que muerden sus labios, la presión del pesado cuerpo que la aplasta, el fétido aliento del violador. Le falta oxígeno, advierte que la consciencia empieza a abandonarla.

Entonces, todo sucede muy deprisa. Hay como una sombra. Un leve siseo rasga el aire. María percibe, de repente, que el peso que la oprimía ha desaparecido. Frente a ella, el tipo que trataba de violarla está en el suelo, tumbado, inerte. Acucillado sobre él, otro individuo, vestido de negro, parece estar buscando algo entre las ropas del vencido. Cuando levanta la cabeza y la mira, María siente un violento escalofrío. Intuye que esos ojos no son humanos. No quiere seguir viviendo esa pesadilla. Se abandona a las sombras de la inconsciencia.

Cuando despierta, ambos han desaparecido. Un sabor horrible llena su boca, se siente como flotando en un líquido viscoso. María querría creer que todo ha sido un mal sueño provocado por la leve borrachera, pero algo en el aire le dice que su misterioso salvador aún está cerca, y que es muy peligroso. Echa a correr hacia su casa sin dejar de llorar.

Desde la penumbra de un zaguán, alguien la contempla, la sigue con la vista hasta que penetra en la moderna urbanización. Después, el hombre vestido de negro levanta el vuelo y se posa en silencio sobre el tejado más cercano, cual milenaria gárgola vigilante. Más tarde, antes de que empiece a clarear, planeará sobre los tejados, sobrevolará el río y se introducirá por una ventana tras la que le espera el reposo.

3

En la casa no penetra la luz. Todas las persianas están bajas; las ventanas, cubiertas con gruesos cortinajes. En la cama, hay un hombre tumbado, despierto. No ha podido dormir ni un solo minuto desde que regresó. Una sólida sombra planea sobre su ánimo. La noche pasada ha vuelto a sentir la fiebre.

Sí. Al ver las bonitas piernas de la muchacha, sus labios rojos, sus ojos espantados, el pelo desordenado cayendo sobre sus hombros desnudos... Mas la fiebre es siempre peligrosa y él no desea dañar más inocentes.

No va a negar que en el pasado probó el dulce néctar de la sangre adolescente. Cierto que era delicioso verlas sometidas a su capricho, sentir las caricias previas, notar en la mirada sumisa el deseo de ser poseídas...

Pero eso sucedió hace muchos años. Tantos que al hombre que ahora yace acostado sobre la blanda superficie del raído colchón se le escapa el número.

"¿Qué importa?" piensa "Unos años más o menos ¿qué significan para quien tiene ante sí la vacuidad inmensa de la eternidad? Una noche sigue a otra noche. Una estación tras otra, yo permanezco. Generaciones enteras nacen y desaparecen de la faz de la tierra, mientras yo les veo pasar sin pena ni gloria. Contemplo su ir y venir, su lento deambular por las calles de lo cotidiano, su infeliz periplo limitado por el paso del tiempo. Pero puedo percibir, a veces, en ese desmoronado caos que constituye su pequeño mundo, un deje de esperanza, un ansia de futuros por vivir, de planetas por descubrir. Tal cosa carece de sentido para mí. Sólo existe el ciclo interminable de las noches pasadas, de las que han de venir..."

Se incorpora y consulta el reloj. Todavía falta mucho para que anochezca, para que llegue el indeseado momento de recomenzar el acecho, la caza, el vasto sentimiento de culpabilidad. Vuelve a pensar en la chica de la noche pasada y algo se alborota en su interior.

Quizá, quizá le gustaría volver a verla. Sería tan sencillo acercarse a ella, penetrarla con su aguda mirada, llevársela al oscuro ático, sorber la sangre joven hasta el final, convertirla en su compañera...

"¿Y después?" Demasiado bien lo sabía. Un tiempo de convivencia, de compartir las presas, de dormir al amparo de la luz; y más tarde, tras las primeras lunas, el tedio, el inevitable alejamiento. Ciertamente siempre podía apelar al último recurso: Al fin y al cabo, ellas eran sus esclavas. Pero no hay que engañarse a este respecto: Después de trescientos años de vuelos nocturnos, ¿a quién podría interesarle tener una esclava? Nada tan vano, nada tan insulso como el poder absoluto.

"Esas cosas" recuerda "me divertían al principio. Era tan excitante sentir cómo todo se plegaba a mis deseos. Obtener cuanto deseara, ser el amo de todo lo que me rodeaba, rendir multitudes con un simple gesto, dominar a los hombres más valerosos sin esfuerzo, seducir a las mujeres más hermosas, clavar mis colmillos en los perfumados cuellos anhelantes y sorber la cálida sangre con la avidez propia de la juventud... Hoy todo eso me resulta banal y hasta insoportable. ¡Se ha repetido tantas veces!"

Por eso, en los últimos tiempos, se abstiene de atacar jovencitas. Sus colmillos no rasgan más carne que la de los perros sin dueño y la de algún mendigo, cuya falta no será denunciada, cuya muerte es casi un consuelo. La experiencia de la noche anterior, sin embargo, le ha hecho pensar: Por una vez, ha podido ver la otra cara de la dura realidad que le circunda. No ignora que actuó sin pensar, dejándose llevar por un extraño instinto que le empujó a proteger a la muchacha que estaba siendo violada. Pero cree haber descubierto un sentimiento nuevo. Y le gustó.

4

Durante el día no abre la puerta.

A menudo suelen venir por aquí vendedores de libros, testigos de Jehová, agentes de seguros... Él nunca responde a las insistentes llamadas. Podría ser, argumentan los más prudentes, que estuviese trabajando y no deseara ser molestado. Solamente alguna vez, ya de noche, se ha oído abrirse la puerta del ático. Es un tipo muy raro. En ocasiones nos hemos preguntado si podría tratarse de un terrorista, pero carecemos de cualquier clase de prueba que pudiera respaldar semejante afirmación. La mera sospecha resulta, si lo miramos bien, bastante inestable, ya que los terroristas, según se sabe, procuran pasar desapercibidos. Tal no es la actitud de nuestro vecino. Su mismo aislamiento, su extraño comportamiento, se convierten en señales que nadie podría dejar de percibir. Nada más llamativo que su intimidad inviolada; nada más indiscreto que el secreto que rodea su presencia.

Cuentan que nunca se ha visto ropa tendida ante sus ventanas, que, por otra parte, siempre están defendidas por las persianas, siempre bajas, como si la presencia de la luz le resultase molesta por algún motivo que no podemos siquiera imaginar.

Se ignoran sus hábitos. Por su aspecto, diríase que es bebedor. Su extremada palidez puede llevarnos a pensar que padece anemia o algún tipo de afección hepática. Algunos nos inclinamos por lo primero, ya que no se le ha visto salir por la noche, ni regresar

borracho. Es un hecho probado que los ebrios no pueden evitar que su presencia sea inmediatamente detectada, a causa de los inevitables ruidos que su paso despierta en las cosas inanimadas.

No creemos que fume. Al menos, así lo afirman quienes han tenido oportunidad de acercarse a su puerta, certificando la total ausencia de olor a tabaco. En cierto modo, reconforta saberle libre de este vicio.

Hay quien le admira por su independencia. De alguna manera, creo que todos admiramos un poco esa forma suya de huir de toda convención, que envidiamos su concienzudo y voluntario aislamiento que, a veces, nos gustaría poder compartir o imitar.

5

Medio adormecido, el inquilino oye la música proveniente del piso inferior. Distingue vagamente las palabras "...envejecer, morir, eran tan sólo las dimensiones del teatro... Pero ha pasado el tiempo y la verdad desagradable asoma: Envejecer, morir, es el único argumento de la obra" No puede evitar una amarga sonrisa. Envejecer, morir... ¡quién pudiera!

El sonido cadencioso que asciende hasta él, las vagas reflexiones que suscita la canción, por fin consiguen que el cansancio le conduzca al sueño profundo de los que no desean despertar.

6

Durante toda la mañana, en contra de lo acostumbrado, se han estado oyendo ruidos en el ático.

Pasos, leves golpes, rumores casi inaudibles.

Como si un animal enjaulado pululase por toda la casa en busca de una salida que no existe.

Parece que ha vuelto la calma, pero, por primera vez desde que habita entre nosotros, el inquilino ha dado muestras palpables de su presencia. Se ha comportado, si lo miramos bien, del mismo modo que lo hubiera hecho cualquier otra persona sometida a ese encierro, que ahora ya no parece tan voluntario.

7

Por fin anochece. El inquilino del ático se despereza. Intermitente, el sueño ha dejado en él una sensación de cansancio que le agarra los miembros.

Se asoma a la ventana y contempla los tejados cercanos. Algunos gatos deambulan por ellos, sin prisa. Abajo, la calle resuena. Automóviles, risas, murmullo de voces, música en alguna parte.

Echa de menos el tiempo en que aún podía participar de todo ello. Se pregunta, por enésima vez, qué hace ahí, qué está esperando, a qué viene ese merodear nocturno que no le proporciona el menor placer.

Imprecisamente, sospecha que su espera puede tener algún propósito que le está vedado conocer. Pero es ya demasiado tiempo y está cansado. Acaso desearía que llegase el fin...

Recuerda las palabras de la gitana, en otra época, en otro lugar: "Ha de llegar el día" había dicho "en que halles tu camino" Aun ahora no se veía capaz de discernir el significado de esa frase.

"Porque no tienes sombra" había seguido la gitana "los hombres te temen. Pero ese día que te espera en el futuro, cuando conozcas el sabor de la redención, habrá uno que no tendrá miedo, puesto que sabrá. Entonces, todas esas dudas que ahora te atormentan, cesarán. Tu espíritu conocerá la paz y vislumbrarás la luz del mañana sin amargura, sin angustia, sereno"

Recuerda también que eso fue hace mucho. Si a su edad aún fuese posible distinguir el bien y el mal, tal vez se abriera paso en su pecho un atisbo de remordimiento, pero sólo acierta a evocar la resignada entrega de la muchacha y el sabor, levemente amargo, de su sangre.

Cuando las calles empiezan a vaciarse, cuando los ruidos amainan, se eleva sobre la ciudad y otea la inmensidad oscura ansiando que ocurra algo, cualquier cosa que le permita, por unos minutos, ser otro, escapar a su espantosa realidad.

En su vuelo, sigue el curso del río que divide en dos la ciudad. No lo hace de forma consciente. Sólo es un mecanismo reflejo, que le permite abstraerse de todo, liberar su mente para no sentir el acuciante deseo, la sed que le empuja hacia las estrechas calles del casco antiguo, donde no sería difícil encontrar una víctima que no opusiera resistencia.

El cansancio le obliga a detenerse junto al oscuro ventanal de una fábrica abandonada. Ese cansancio inexplicable que, de un tiempo a esta parte, ha ido penetrando en sus miembros, asentándose en su cuerpo como un virus maligno dispuesto a destruirle con lentitud. Desde su atalaya, recostado en el sucio cristal, puede controlar una zona bastante amplia. Su esperanza es que aparezca pronto algún animal abandonado con el que aplacar su apetito y poder regresar a las sombras de su encierro.

Mas los acontecimientos disponen otra cosa: No muy lejos, oye gritos y risas. Los gritos los emite una voz femenina, aterrorizada. Las risas son de hombre. Guiándose por el sonido, se acerca al lugar de donde proviene. Abajo, en el rincón septentrional de un solar habitado por ratas y cascotes, hay cuatro personas. La escena no tiene el menor misterio: Tres sujetos, posiblemente delincuentes a juzgar por su aspecto, tratan de violar a una joven, de cuyo atuendo cabe deducir que tiene por oficio ése que los hombres llaman despectivamente "el más viejo del mundo".

¡Cuántas prostitutas se entregaron a sus abrazos y sus colmillos! Pero eso forma parte del pasado. Ahora está sucediendo algo que debe evitar. Un sordo impulso le lanza en picado contra el más corpulento, que es el que la está penetrando. Antes de que los tres maleantes se hagan cargo de la situación, están tumbados cara al cielo, sin vida. Una sombra, acucillada sobre uno de ellos, sorbe ansiosa el néctar de sus venas. Luego, cae en la cuenta de la presencia de la chica. Percibe su inmovilidad, el silencio que la rodea. Se agacha a su lado y toma su muñeca con suavidad, comprobando con alivio que su pulso es normal.

Es entonces cuando ella recupera bruscamente la consciencia y da un manotazo al aire. Él lo esquiva con facilidad, se aleja un paso y se queda mirándola sin palabras.

- ¿Quién eres? ¿Qué ha pasado?

No hay respuesta. En su lugar, el hombre vestido de negro esboza otra pregunta:

- ¿Te encuentras bien?

La joven se incorpora con dificultad, recordando lo sucedido. Intenta cubrir con las manos su cuerpo semidesnudo. Sus ropas están desgarradas. Mira alrededor hasta que se percata de la presencia inmóvil de los tres individuos que la invitaron a subir al

auto y después pusieron las navajas en su cuello. Luego, sus ojos se vuelven a fijar en el desconocido.

- ¿Están...?
- No te preocupes por ellos.
- ¿Quién eres tú? - vuelve a preguntar, temerosa.
- Nadie - esa palabra hiere, porque es cierta.
- ¿Y... ellos?
- No importan. ¿Estás bien?
- Sí... Creo.
- Deberías ir a un hospital.
- ¡Claro! ¿Y de dónde saco el dinero?

El desconocido se agacha entonces junto a los tres hombres y rebusca entre sus ropas. Junta el dinero y se lo ofrece a la muchacha, que le contempla horrorizada.

- Pero... - balbucea.
- Lo que ellos se proponían hacer contigo es mucho peor. ¡Tómalo!

Ella toma el dinero con algo de temor y busca su bolso, para guardarlo en él. Cuando levanta la vista, su misterioso salvador ha desaparecido. Recompone su aspecto lo mejor que puede y caminando entre las ruinas abandona el solar y se dirige al hospital más cercano, ignorante de la negra forma que planea sobre ella, como una improvisada escolta que se disimula entre las sombras de los edificios.

8

Daniel leyó la noticia en el diario, mientras tomaba su acostumbrado café en el bar de siempre. Los tres tipos violentamente asesinados en un solar, uno de ellos medio desangrado; la inverosímil historia narrada por Mara, la prostituta a la que, según su propia declaración, estaban tratando de violar cuando ocurrieron los hechos; el detalle, ampliamente resaltado por el cronista, de los dos agujeritos en el cuello de uno de los interfectos...

Que un solo hombre hubiese acabado con tres peligrosos delincuentes ya era bastante increíble. Su brusca desaparición, la búsqueda del anonimato, la imposibilidad de reconocerlo, delataban el trasfondo falso que se escondía detrás de la declaración de la chica. Escuetamente, se aludía a la posibilidad de un ajuste de cuentas entre bandas, única tesis probable, según el periódico.

Sólo unas semanas antes, Daniel hubiera sonreído con suficiencia, hubiera pasado la página para concentrarse en la sección deportiva, pero ahora, después de sus últimas experiencias, ya no descreía de nada. Repasó un par de veces el artículo. Algo, no podía saber qué, despertaba su curiosidad. Pensó que tal vez pudiese averiguar más datos si localizaba a un amigo policía, pero no se hizo demasiadas ilusiones. Era consciente de la discreción con que debía llevarse un asunto semejante.

9

Las calles están tranquilas esta mañana. Hay como un olor a cosa nueva en el ambiente. Un tenue clamor de primaveras por llegar. En el piso de arriba, sin embargo, rumores de deslizamientos, roces, ahogados golpes, agua fluyendo, delatan la inusual conducta del inquilino. Diríase que algo le tiene inquieto. Este detalle bien podría significar que por fin ha decidido salir de su aislamiento y comenzar a comportarse como cualquiera de nosotros, sus vecinos. En ese sentido, debería resultar tranquilizador, pero no podemos

evitar la sensación de desconfianza. Por experiencia sabemos que tales cambios en la rutina de una comunidad no suelen acarrear nada bueno. Si bien, por una parte, nos alegra esa manifestación vital, no dejamos de pensar que puede esconder algo que, a la larga, pueda ocasionar algún tipo de problema. Así, permanecemos expectantes.

10

Fue hacia la mitad de la mañana, mientras rellenaba un informe rutinario, cuando Daniel percibió que no había dejado de pensar ni un instante en la extraña historia leída un par de horas antes. Normalmente no hacía mucho caso de lo que contaban los diarios. Demasiado bien sabía, por propia experiencia, lo mucho que las crónicas periodísticas difieren de la realidad. No era el relato de lo acontecido, sin embargo, lo que mantenía ocupados sus pensamientos, sino algún pequeño detalle cuya naturaleza se le escapaba. Intuía que ese suceso estaba oscuramente relacionado con él, con las cosas que le habían venido sucediendo en las últimas semanas, con ciertos encuentros insólitos y algunas frases oídas en sueños.

Consiguió que un compañero se aviniese a terminar su trabajo, buscó en su agenda algunos números de teléfono y alegó ante sus superiores alguna excusa no del todo creíble. Visitó a una amiga, que sólo pudo proporcionarle algunos números de teléfono, pero que nada sabía de la mujer protagonista del extraño suceso narrado en la prensa. Por medio de uno de esos contactos, sin embargo, Daniel pudo averiguar (en la medida en que podía creer en el testimonio de desconocidos) que Mara, la prostituta implicada en los hechos, pasaba por ser persona de fiar.

No obtuvo mayor información de su amigo policía, quien se extrañó de su curiosidad y le hizo, a su vez, acaso por mera costumbre, un sinfín de preguntas que no supo o no quiso contestar.

Al caer la noche, se encontraba fatigado y tenso. Por impulso, sin meditar lo que hacía, caminó incoherentemente hacia ninguna parte. Sus pasos erráticos le llevaron a una oscura taberna en la que jamás había estado. Creyó reconocer uno o dos rostros, pero tampoco prestó demasiada atención. Se acercó a la barra y pidió cerveza. Una sensación que conocía se iba abriendo paso en su interior.

11

Después de trescientos años de sobrevolar tejados y alamedas, ríos y solares abandonados, uno pierde la consciencia de la realidad. Se desdibuja el significado de nociones como el bien y el mal.

Cuando uno ha sufrido la traición de la mujer amada; cuando uno ha visto morir a sus seres queridos, cuando ha comprobado impotente cómo el poder se impone siempre por encima de la razón y la justicia, cuando se ha sido testigo de injustificables masacres, cuando se ha visto de cerca la miseria y se ha constatado la indiferencia de quienes no la sufren, cuando se puede percibir la crueldad de las almas ruines y la cobardía de quienes se encogen de hombros... Cuando uno habita durante tanto tiempo un mundo como éste, no queda más que la ruina de lo que alguna vez fue.

Por eso, no es de extrañar que el silencioso inquilino, que en noches pasadas fuera el inesperado salvador de jovencitas atacadas, se haya convertido, en el lapso de unas horas, en encarnizado esclavo de sus instintos más primarios: aquellos que le reclaman el sabor de la sangre caliente, de la sangre recién derramada que ahora empapa sus ropas mientras los ojos de la chica cuya vida se apaga le miran con un gesto de

infinita sorpresa y una pregunta, y también con el horror de quien sabe que esa pregunta no va a tener respuesta, de quien comprende con impotencia que va a morir sin saber...

12

Es medianoche y Daniel se siente borracho, pero apenas ha bebido. Su excitación no nace del licor, sino de sus propios pensamientos. No va a negar que después de tantos años había olvidado el encuentro con la gitana. Pero las señales de las últimas semanas, y sobre todo la noticia del diario, han venido a convencerle de la veracidad de las palabras de la muchacha que le vendió su cuerpo por unas pocas monedas y leyó la palma de su mano con el terror reflejado en sus ojos verdes.

Recuerda confusamente las palabras: "...venido desde las brumas del remoto pasado con un único objetivo: Detener la mano ejecutora del hombre sin sombra, el que se alimenta de sangre, el que no conoce la paz y vuela cada noche en busca de presas fáciles que le permitan saciar su sed momentáneamente. No puede morir, porque ya está muerto. Sólo tu mano podrá concederle el descanso" Se rió, claro. Pensó que la gitana le tomaba el pelo, que era una forma de encarecer sus servicios. Sólo cuando ella se marchó corriendo, sin haber llegado a coger el dinero, comprendió el miedo que la embargaba y la verdad que destilaba su voz: "Pero debes tener mucho cuidado: Si él vence, si llega a clavarte sus colmillos, tú serás él; su victoria supondría su descanso, pero no serviría de nada si otro toma su lugar. Has de ser cuidadoso, elegir el momento oportuno, decir las palabras exactas, golpear en el momento preciso. Debes prepararte para ese día"

Y ahora, el día había llegado. Daniel sabía cuando, incluso dónde, pero ignoraba los motivos. ¿Por qué él y no otro? Como una violenta ráfaga de viento, entre trago y trago de cerveza, su intuición le trajo la respuesta: Salvando unas pocas circunstancias, eran iguales. Nadie podría decir si era el alcohol o la fiebre del descubrimiento quien enrojeció su rostro. Podía ver con claridad la existencia gris del otro: El vacío de su alma, la soledad de su vuelo, la imposibilidad de acercamiento a sus semejantes, tal vez por la propia ambigüedad de tal concepto; todo le fue revelado en esas horas de delirio. De antemano, se supo derrotado: No sabría qué hacer cuando estuviesen frente a frente. No era un luchador, ni se había preparado. Pensó con amargura en escapar, en olvidarlo todo y cambiar de ciudad, pero supo que tal proceder sería indigno e inútil.

Resignado, pagó las consumiciones y salió del local. Una sombra se interpuso en su camino.

- ¿Estás preparado? - resonó la voz. No hubo de esforzarse por reconocer a la gitana, ahora convertida en una mujer levemente envejecida. De su frente emanaba un extraño destello.

- No, no lo estoy, pero igualmente acudiré a la cita - dijo. No dejó de asombrarle su propio aplomo.

- Sabes que es una tarea imposible. ¿No es cierto?

- Sí. Pero he de ir.

La gitana, sin hablar más, abrió su mano y la extendió ante él, como una muda ofrenda. Daniel vio una moneda sin brillo. El reconocimiento de ese objeto abrió la puerta de los recuerdos que no le pertenecían. Escenas de otras ciudades y otras épocas desfilaron ante sus ojos. El semblante serio de la gitana le dijo que el momento había llegado. Algo sombrío y fétido aterrizó a pocos pasos.

Parece que ha vuelto la paz. Desde hace unos días, ya no se oyen ruidos en el ático. No es que en ningún momento llegasen a resultar molestos, pero la falta de costumbre nos mantuvo incómodos durante algún tiempo. Ahora, por suerte, todo ha vuelto a su antigua rutina. Hay voces que dicen que el inquilino está cambiado, que tiene mejor color y ha engordado un poco, pero no deben ser más que rumores, puesto que nadie le ha visto desde hace una o dos semanas. El retorno a la normalidad en ese asunto es de agradecer, máxime cuando otro acontecimiento nos mantiene suficientemente atareados: Se dice que ha desaparecido la hija de los que viven en el segundo. Hay quien cree que se ha ido al extranjero para ocultar un embarazo, hipótesis apoyada por el silencio de los padres, pero lo cierto es que en los últimos días se ha instalado la intranquilidad en nuestras almas y hay como un presagio en el aire...

© Sergio Borao Llop



El Sueño

Ricardo Rodríguez Gilberte

Anmarin tenía una piedra que le colgaba del cuello con forma de media luna. Era una perla poco común; tenía un color verdosoanaranjado. Emanaba tristeza a todo el que la veía, pero no a Anmarin. Siempre la llevaba encima desde que su bisabuelo se la dio cuando ella sólo tenía cuatro años. Algunos decían que la piedra estaba maldita y que había caído del cielo cuando el Hombre era joven y el Mundo ya viejo.

Anmarin sólo se quitaba la piedra cuando se acostaba. La dejaba en un cuenco de cristal con agua; decían que así se mantenía su color. Una noche, Anmarin se acostó cansada de una fiesta que su padre Eltairion había celebrado en casa, con numerosos invitados y familiares a la mayoría de los cuales ella no conocía. Soportaba bromas, envidias e incluso insultos por no haberse desecho de la Maldita. Pero Eltairion se callaba, ya que a él tampoco le gustaba aquella piedra, pero era un hombre que aceptaba de buen grado lo que el destino le deparara, y ello incluía el que su hija hubiera cogido aquella piedra de manos de su bisabuelo como regalo.

Una vez recostada en la cama, con sus largos cabellos extendidos por todas direcciones, cerró los párpados ocultando sus ojos verdeazulados como el mar hasta el día siguiente, y se dejó vencer por el sueño. Los sueños eran su única vía de escape de la realidad, una puerta a un mundo diferente con colores, olores y sentimientos diferentes a los de su apesadumbrada vida en la casa de Eltairion. Empezó a moverse inquieta en un sueño incómodo, y la piedra giraba lentamente en el agua como si también estuviera incómoda.

Anmarin veía el Mar desde muy alto. Debajo de la montaña había una pequeña bahía donde morían dos ríos que surgían de dos grandes bosques a derecha e izquierda. El cielo tenía un azul inmaculado, homogéneo, sin nubes; y el Sol brillaba como un centenar de luciérnagas en un pozo oscuro y estrecho, y su reflejo dorado sobre las olas se podía ver en los ojos cristalinos de Anmarin. El aire olía a jazmín, la hierba fresca masajeaba sus pies y una suave brisa frontal acariciaba su piel como lo haría el mejor amante. Y entonces reconoció el lugar por más que nunca hubiera estado allí: la Cumbre Plana del Teilion, la Montaña del atardecer, donde según dicen vive el Sol para descansar durante la noche.

De repente, el Sol se desgajó en dos mitades que cayeron detrás de la línea que unía el Mar con el Cielo, y la Oscuridad lo envolvió todo. La brisa se transformó en molestas y bruscas rachas de aire, el olor a jazmín se tornó en fétido e irrespirable, y la hierba pinchaba sus pies como alfileres. Entonces, la Luna emergió de entre las cenizas del Sol en el horizonte, y al abrir sus ojos de plata vió a Anmarin asustada, acongojada y dolida ante aquel escenario.

Y en esto, vió cómo se agitaban las olas en el Mar, chocaban con furia sobre las rocas de las orillas y se levantaban sobre otras olas más pequeñas, engulléndolas sin piedad. El corazón de Anmarin empezaba a acelerarse. En medio del Mar apareció un estandarte que, conforme avanzaba hacia la orilla, se hacía más grande e iba emergiendo poco a poco. Estaba muy lejos pero Anmarin podía verlo todo. Era rojo como la sangre y, en medio, una media luna verdosoanaranjada destacaba ante todas las cosas que abarcaba la visión desde la Cumbre Plana. Ya estaba muy cerca de la Bahía cuando Anmarin pudo ver emerger de las aguas al poseedor del estandarte: un caballero alto, con una armadura negra como la noche, pero brillante por el reflejo plateado de la Luna. Montaba un corcel también negro y de ojos rojizos llenos de odio. Seguían al estandarte una cohorte de doscientos caballeros más, de igual porte oscuro y horripilante, surgidos todos de las entrañas del Mar.

Una vez que todos estuvieron en la orilla se pararon, el portador del estandarte miró hacia la cumbre donde estaba Anmarin, se quitó el yelmo y descubrió un rostro cadavérico. Anmarin sentía con horror cómo las cuencas vacías de sus ojos la miraban fijamente, y vió cómo levantaba un dedo hacia ella, señalándola, mientras lanzaba un grito desgarrador y lleno de dolor que heló su corazón.

Entonces Anmarin despertó y se incorporó en la cama sobresaltada. Oía gritos de horror y de súplica en las estancias contiguas a la suya. Se asomó a su ventana y en la oscuridad de la noche pudo distinguir un amasijo de cadáveres amontonados en un rincón de la pared norte de la casa; todos bien vestidos pero despojados de sus joyas de oro y jade: eran los invitados de Eltairion. Sus rostros inmóviles reflejaban horror, como si hubieran visto algo demoníaco justo antes de morir. Casi instintivamente, Anmarin miró al cuenco de cristal y vió que la piedra seguía allí. Se la colgó y se sintió más protegida, como siempre se sentía cuando la tenía cerca del corazón.

Abrió la puerta despacio. Seguía oyendo gritos de dolor y agonía, súplicas y llantos, y un gran alboroto en el comedor donde se celebraba la fiesta. Se dirigió hacia allí dudando de si tendría el valor suficiente para ver lo que ella esperaba ver, pero algo la impulsaba. Llegó a la barandilla que daba fin al pasillo y donde podía verse el comedor, se asomó y pudo distinguir entre las sombras de plata que dibujaba la Luna varias figuras altas, con armaduras y yelmos, que arrastraban los cuerpos sin vida de los invitados al exterior. Los que no, se dedicaban a embestir a golpe de espada contra todo el mobiliario de madera de roble y contra la colección de armas de Eltairion: espadas, lanzas, cuchillos y escudos yacían en el suelo, brillantes y formidables, como únicos

trofeos de una batalla antaño gloriosa entre el linaje de Eltairion y la Casa de Fhar, sus mayores enemigos, tal y como su padre le había relatado en alguna ocasión.

Los caballeros oscuros se fusionaban con la noche. Sombras vivas y tenebrosas que iban y venían, portando la muerte y el terror a la casa de Eltairion. Pero cuando la Luna lanzaba sus flechas de plata hacia las armaduras, Anmarin podía ver con horror algo que le era familiar: eran los caballeros surgidos del Mar de su sueño. De repente, una fuerte conmoción le agitó el corazón, y las lágrimas recorrían sus mejillas buscando en su cuerpo el mejor camino para escapar, muriendo todas en la perla que colgaba sobre su pecho. La perla la estaba advirtiendo de algo que no lograba entender, pero sí lo podía sentir en lo más profundo de su alma.

Entonces, se percató de la presencia de alguien que la miraba entre las sombras. Emergió un caballero oscuro con un bulto en una mano y desenvainando su espada con la otra. Anmarin vió horrorizada la cabeza de su padre en la mano del caballero, y antes de que algún sonido saliera de su garganta se encontró con la hoja clavada en su pecho. Tuvo entonces la suficiente fuerza como para sacar el yelmo de la cabeza de su verdugo y descubrir su rostro cadavérico, como ella predijo en su sueño. Las lágrimas se mezclaban con la sangre que salía incontrolada de su pecho, llevándose su vida y con ella la gloria del linaje de Eltairion, pues Anmarin era su única hija.

Fué entonces cuando ella, intentando encontrar un atisbo de razón en las cuencas vacías de una oscuridad sin fondo del caballero, le dijo:-¿Cuál es vuestra razón para derramar tanta sangre? ¿Qué es lo que os hemos hecho que ha llenado vuestros corazones de ira? ¿Quiénes sois?- A lo que el caballero, mirándola fijamente, respondió:- Somos vuestro Destino, el cual el linaje de tu padre selló irremediabilmente cuando humedeció esta tierra con la sangre de la Casa de Fhar, arrebatándoles las tierras que eran suyas desde tiempos inmemoriales. Y con tu sangre ha sido cumplida una venganza que hemos estado esperando muchas lunas. Gracias a ti y a esa piedra se han abierto las Puertas del Infierno en el Teilion y se nos ha concedido la oportunidad de vengarnos de aquellos que, en aquel día nefasto, acabaron con toda una hermandad de orgullosos guerreros, asesinándolos mientras dormían en esta maldita casa. ¡Muere pues, hija de Eltairion, y cúmplase así lo que estaba predestinado para vosotros desde que nuestra sangre tiñera de rojo vuestro acero!

Dicho esto Anmarin se dirigió hacia la puerta, salió de la casa y el frescor de la noche de octubre fué lo último que su delicada piel pudo sentir. Cayó fulminada en un charco de su propia sangre, y la piedra se le descolgó del cuello uniéndose con su sangre en una alinaza con la tierra.

Con el paso del tiempo la Casa de la Desdicha fué derribada porque se la consideró símbolo del Mal, y en el lugar donde cayó Anmarin creció un gran árbol, gris y de gruesas raíces, cuyo tronco se encorvaba un poco cada año en octubre y al que nunca le crecían las hojas. Cuentan las gentes del lugar que llegó a encorvarse hasta que su desnuda copa tocó la tierra, formando una puerta por la cual todo aquel que la cruzara vería sus sueños hechos realidad, pero también sus pesadillas.

© Ricardo Rodríguez Gilberte

¿Es un ángel o es un demonio? **Lili Dunkel**

Él viene despacio como un susurro lejano y triste de antaño
y me envuelve en una sutil neblina lila y gélida como una caricia
y posa sus fríos labios sobre mi frente ...
¿Es un ángel? ... tiene bellas alas de suave plumaje ...
¿Es un demonio? ... sus ojos violetas son espantosamente hermosos ...
El se sienta al borde de mi cama y acaricia mis cabellos,
me arrulla, su voz es hermosa pero parece que viene de la tumba ...
yo le temo pero siento un extraño placer cuando con su mano roza mi rostro
y finjo que duermo y aunque tengo cerrados los ojos
adivino que él sonríe pero no sé si es ternura o lujuria
la chispa que enciende su mirada irreal y fatídica ...
¿Es un ángel? ... entre sus manos el laúd llora bellas melodías ...
¿Es un demonio? ... esas mismas manos parecen manchadas de sangre ...
Él viene despacio como un susurro lejano y triste de antaño
y me envuelve en su hechizo arrastrándome con su misterio
y me hunde en el ensueño de una mortal pesadilla ...

Lili Dunkel, 1987



Ilustración de © Chema G. Lera



Miedo

Evelyn Hernandis

Acostada en mi cama de papel
Sola en la oscuridad
Siento tu presencia repelente
Tu esencia sobre mi ser.
Que quieres de mi, espectro invisible?
Qué te alimenta de mí?
Siento tu aliento sobre mi mejilla
Te huelo, te noto, te presiento.
Asustada entre mis sábanas de papel
Los ojos abiertos sobre esta oscuridad
Transpiro, te respiro, suspiro, te espero
Mi ángel de la desesperación.
Sé que no me dejas en paz,
Esta noche tampoco me podré relajar
Dormirás a mi lado como siempre jamás
Estaré obligada a compartir mi intimidad.
Que quieres de mi, ángel endemoniado?
Qué te alimenta de mi locura,
Agarrado a mi terrible inocencia
Como un lobo sobre su manjar.
Vives en mí, vives de mí
Te temo y te espero
Te odio y te deseo
Te querré aunque seas mi miedo.

© Evelyn Hernandis. Extraído de "Soledad forzada".



Rol y Terror

Shauki Gabriel Expósito

La gente tiene sueños, la vida es un sueño y los sueños, sueños son; decía Calderón de la Barca, pero a veces también los sueños se hacen realidad. Un sueño hecho realidad es esta oportunidad de brindarles a través de E.L.F.O.S. algunas breves reflexiones acerca de la relación entre la Mitología -las leyendas-, con los Juegos de Rol.

La Mitología es en sí misma el centro de los Juegos de Rol: a partir de elementos ya conocidos en la Mitología se comienza la construcción de una nueva creencia particular, una historia de vida de los personajes, lo que los jugadores de Rol conocen como una Aventura o Historia, y esa historia viene dada por la relación entre el personaje de cada jugador y los elementos mitológicos presentes en la misma historia.

Vamos a proponerles algún ejemplo utilizando el tema de este número de la revista. El Terror es usado frecuentemente en el Rol, para muchos jugadores es “normal” enfrentar en las historias a Dragones, Orcos, Draconianos... Y a veces es necesario hacer aparecer algunos monstruos que sean muertos vivientes, muertos recalcitrantes, apariciones, hombres lobos, vampiros y demás figuras representativas del terror. Tanto ha sido el éxito de estos personajes que hay juegos exclusivos dedicado a sus apariciones, es el caso de Vampire o Ravenloft.

Con respecto a mi último planteamiento, hay que tener mucho cuidado con el tipo de apariciones terroríficas, y cómo se plantean en las historias. Muchos Master de Rol o directores del juego cometen el error de abusar o no investigar bien la manera en la que aparecen los personajes inspirados en el terror. Esto le resta sabor a las partidas, las hace aburridas y perjudica al Rol. Un claro ejemplo es hacer aparecer a un Hombre Lobo con la ropa destrozada, atravesando una pared de la nada y tragándose a las personas por completo. Para empezar, hay que saber que los Hombres Lobos en las leyendas aparecen cuando hay luna llena, no en cualquier noche; se quitan su ropa y la dejan a un lado, sufren su transformación, hacen círculos de orina para marcar su territorio, y atacan sólo a las personas que ocupen su zona.

Claro, si el Master quiere que la zona del Hombre Lobo sea un pueblo donde viven los personajes jugadores lo puede hacer, pero debe nutrir la partida con las descripciones que le dan sabor a la aparición del hombre Lobo; además, por más Guerrero, Mago, Clérigo o cualquier cosa que sea un personaje, la aparición de un Hombre Lobo es algo atípico, y debe generar conmoción, desmayos y confusión, eso le da la grandeza a la aparición y un buen toque de emoción a la Aventura: es terrible ver a un Guerrero charlando con un Hombre Lobo mientras toman una cerveza en una Taberna, tanto como lo es ver al Hombre Lobo descuartizando sin razón a todo un pueblo indefenso.

En el Rol lo importante no es ganar ni perder, ni sobrevivir; es como la vida misma, valorar los momentos, divertirse, aprender de los demás, compartir con un grupo una Aventura y tratar de mejorar con el tiempo. Un buen Master puede hacer que tan buena o mala sea una partida de Rol en función de cómo presente y use los elementos mitológicos, estén o no relacionados con el terror.

© Shauki Gabriel Expósito

Ana, minha Ana!

Anabela Ferreira

Nunca contei isto a ninguém. Não por medo, mas por amor. Não queria que a Ana soubesse que eu tinha comigo um segredo, que escondi por tanto a amar. Agora que ela se foi, depois de tantos anos, posso falar-vos do medo.

Quando casei com a Ana e a trouxe para o moinho, para viver comigo a labuta do dia a dia, não faltou quem a avisasse. As comadres chamavam a atenção para o lugar ermo, afastado do resto da povoação. Lugar bom para os malditos, sejam lobisomens ou bruxas. Fiquei satisfeito quando ouvi a minha Ana responder-lhes que não tinha medo nem de uns, nem de outros, que o que mais lhe dava medo era a covardia dos homens e a língua afiada das mulheres. Nesse dia ganhou algumas inimizades, mas eu amei-a ainda mais.

A vida do moinho não era fácil. Mas a rapariga vinha habituada à dureza do campo e o trabalho não lhe metia medo. Assim, para além do amor que sentíamos um pelo outro, cresceu entre nós um companheirismo, uma cumplicidade que fazia a inveja de muita gente.

Tudo corria bem. O moinho prosperava. Afinal, era dali que saía a melhor farinha da região. Nasceu o primeiro filho. E eu era um homem feliz.

Já há muito que corria pela aldeia que havia, embrenhado no bosque, um lobisomem, que nas noites de Lua descia à povoação para matar as ovelhas e outros bichos. O Manel da Eira jura que o viu numa noite em que vinha bem tarde da taberna. Contava:

- Foi ao passar ali no cemitério. Vi uma sombra a saltar sobre mim. Só tive tempo de gritar por Deus e pela Virgem. O cabrão ainda me agarrou pelos ombros, mas não sei o que sucedeu que logo largou a fugir. Tenho cá para mim que foi a cruz que me salvou. Deste pescoço é que ela não vai sair nunca mais.

Isto contava ele entre um copo e outro, segurando uma cruz de prata, negra de tão antiga, pendurada num cordão que trazia ao pescoço. Mas poucos lhe deram crédito. O Manel era demasiado amigo do vinho para que as histórias que contava valessem como verdades. E ele contava demasiadas histórias.

O que ninguém duvidava era que havia um lobisomem. Quem era ninguém sabia. Ainda se pensou que podia ser o padre Sebastião, tão magro e branco o homem era, tão ao contrário dos seus iguais que enchem a pança na mesa dos pobres. Mas logo se descartou a ideia. O padre era demasiado piedoso, para ser uma alma danada.

Alguém sugeriu dar-se caça ao amaldiçoado, mas na aldeia não havia ninguém tão valente que fosse capaz de enfrentar um lobisomem.

Eu cá nunca tinha acreditado muito nessa história de lobisomens e de bruxas. Tinha andado por esses caminhos todos, entre pinhais e cemitérios, bem tarde da noite, com lua e sem lua, e nunca me aparecera nada do outro mundo. Mas se o povo acreditava não seria eu a contrariar. Ouvia as histórias calado sem me meter.

Sempre tive o sono pesado. Quando é para dormir, deve-se dormir. Nem que a casa abanasse era raro eu acordar. Por isso é que naquela noite eu estranhei quando acordei num sobressalto. Não tinha havido qualquer ruído ou movimento. Mas algo estava estranho.

Olhei para o lado. A Ana não estava deitada!

“Então e depois?! – pensei – Foi lá fora aliviar a bexiga.”

Mas havia qualquer coisa errada. Um pressentimento de desgraça. Sei lá eu o que era ao certo. Nunca fui dado a essas coisas.

Saí da cama e fui até à porta da rua. Era noite alta. O céu estava pontilhado de estrelas e por cima dos pinheiros via-se a lua, branquinha, branquinha.

Sempre gostei de olhar a lua, costumava brincar dizendo que éramos colegas de profissão, ambos brancos, cobertos do pó da farinha.

Mas naquela noite a lua não me confortava. Não conseguia parar de pensar que havia algo errado.

Ouvi um ruído para os lados do galinheiro.

Talvez uma raposa.

Desde que o *Fandango* morreu nunca mais tinha tido um cão. Bem que faz falta, para guardar a casa e o galinheiro, mas a Ana não gostava de cães, nunca tinha sabido porquê.

Peguei no cabo da enxada que estava encostado à parede da casa.

Aproximei-me devagar.

Havia de apanhar o bicho. Tinha a certeza que era a raposa que tempos antes havia matado duas galinhas, das boas ainda por cima. Desta vez não escapava. Havia de lhe rachar a cabeça.

Contornei a casa.

Em pé sobre as patas traseiras o bicho segurava entre as mãos uma galinha. Rasgava a carne com os dentes.

Era quase negro, os dentes amarelados e as mãos... nunca vi nada assim em bicho algum... eram mãos de gente, mas eram também garras, de unhas compridas como lâminas de navalha, não há outra forma de explicar o que vi.

Era um lobo, mas era gente, era um lobisomem!

Vinha dele um cheiro forte a carne podre. Como se o bicho tivesse andado espojado em cima de um cadáver. Senti a náusea subir até à garganta.

Percebendo a minha presença, o bicho ergueu o focinho e cheirou o ar. Lentamente, muito lentamente virou a cabeça na minha direcção. Vi-lhe os olhos, eram amarelos. Depois tudo se passou tão depressa que só recordo as coisas aos pedaços.

A besta lançou um rosnado que me entrou na alma e rebentou com qualquer coisa que eu tinha dentro de mim.

Só consegui sentir o medo.

Tanto medo.

Queria fugir mas estava preso ao chão, as pernas não andavam.

De um salto, jogou-se sobre mim. Senti-me cair de costas no chão.

Abriu a boca sobre o meu rosto. Que cheiro horrível, indescritível.

Se ao menos eu desmaiasse. Se pudesse deixar de sentir.

As patas dele sobre o meu peito. Pesadas!

A boca a serrar-se na minha garganta. Senti-lhe os dentes a roçar-me a carne.

Do fundo da minha alma saiu um grito. Ainda hoje parece que não fui eu que gritei, mas devo ter sido.

Pensei em Ana. “Que ela não apareça agora, por Deus, que não apareça.”

Do peito saiu-me um lamento em voz alta:

- Ana, minha Ana...

A besta parou.

Ergueu-se e olhou-me. Da sua boca pendia agarrado aos dentes, um bocado da camisa do meu pijama. Soltou um urro e desapareceu correndo, em direcção ao bosque.

Não sei como me arrastei para casa.

Não me lembro de me deitar de novo na cama.

Quando acordei, mais tarde, o galo cantava e o sol começava a nascer. Sentia-me dorido.

Teria sonhado? Não, não fora um sonho. Mais tarde vi no espelho as marcas dos dentes da besta que me arranharam os pescoço. Naquele momento, contudo, só tinha a certeza que estava vivo por qualquer milagre.

Ao meu lado a minha Ana dormia, tranquila. Senti um aperto na garganta, pensar que podia estar morto e nunca mais a ver. Levantei-me e rodeei a cama para ver o rosto amado. Tão em paz, tão belo. Debrucei-me para a beijar.

Da boca entreaberta pendia agarrado aos dentes um pedaço de pano. Era o bocado da camisa do meu pijama.

Esta é uma adaptação livre de uma lenda que se conta na minha terra. O curioso é que aqui o lobisomem é uma mulher, quando na generalidade se trata sempre de um homem.

A tradição diz que o lobisomem nascia numa família em que os filhos fossem só homens. O sétimo seria lobisomem, e essa maldição só não acontecia se o irmão mais velho fosse seu padrinho. O mesmo acontecia com a bruxa que seria a sétima de uma família de raparigas. Outro dado interessante é que, pelo menos em Portugal, o lobisomem nem sempre se transforma em lobo para cumprir a maldição, havia uns que se transformavam em porco ou em burro. O certo é que fosse qual fosse a forma que tomassem em cada noite de Lua Cheia o encantado tinha que percorrer sete vilas acasteladas (com castelo) até ao nascer do sol.

E.L.F.O.S.

Escritos de Leyenda, Fantasía y Obras Similares

*La revista electrónica
De los Buscadores de Leyendas del Universo*

